

Memorias, ¿para qué?

II Seminario Internacional Memorias Políticas en
Perspectiva Latinoamericana

Coordinadora: **Eliana Lacombe**

Autores:

Eliana Lacombe
Melisa Paiaro
Mariel Slavin
Ludmila da Silva Catela
Javier Lifschitz
Sandra Arenas Grisales
Vera Vital Brasil
Marta Giraldo
Cristiana Corsini
Mariana Carneiro de Barros
Graciela Tedesco
Carolina Dardi
Lícia Gómes
Antonella Rodríguez Monje
Lucía Ríos
Meynardo Rocha de Carvalho
Guido Negruzzi
María Elena Otero
Raïssa de Góes



MEMORIAS, ¿PARA QUÉ?

Memorias ¿para qué? II Seminario Internacional Memorias Políticas en Perspectiva Latinoamericana / Eliana Lacombe ... [et al.] ; coordinación general de Eliana Lacombe

1ª ed. compendiada. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
Facultad de Filosofía y Humanidades, 2020.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-33-1581-1

1. Antropología. 2. Estudios Culturales. 3. Política. I. Lacombe, Eliana, coord.

CDD 301.01

Comité editorial: Eliana Lacombe, Mariel Slavin, Melisa Paiaro, Itatí Pedro.

MEMORIAS PARA QUÉ....

Ludmila da Silva Catela¹

La pregunta de esta mesa propone hacernos pensar casi de manera que cuestionemos si la memoria tiene una función... si bien generalmente aceptamos que los procesos de memoria están atados a las luchas políticas también sabemos que hacer memoria no garantiza que los procesos por los que se lucha no volverán a repetirse. Ayer se cumplieron 12 años de la desaparición de Julio López.

Sin embargo, en este contexto la pregunta del para qué puede servirnos como un espacio de reflexión potente donde podamos comenzar a incluir nuevas miradas desde el presente hacia el pasado.

En este sentido en esta charla compartiré con ustedes un recorrido en torno a la desaparición y muerte de Santiago Maldonado a fin de construir algunas preguntas en torno a las memorias largas y las memorias cortas cruzadas por las memorias dominantes y subterráneas.

Comenzaré este intercambio leyendo tres escenas que en su momento me colocaron frente al debate sobre memorias para qué....

MIRAR, DESAPARECER, MORIR

I

La escena se inicia con una imagen de cámara que se mueve, se escucha el ruido de un motor y el viento. La misma enfoca y a lo lejos se ven siluetas de jóvenes sobre una ruta de la Patagonia argentina. En otra toma, se ilumina a la ruta desértica y una voz masculina, en nombre de la Justicia Federal, pide el desalojo de la ruta: *“se les notifica*

¹ Dra. en Antropología. Pertenencia institucional: IDACOR/CONICET/UNC

que al encontrarse en ejecución de un delito de carácter federal se ha iniciado la substanciación de la prevención sumaria judicial correspondiente con intervención y conocimiento del juzgado federal de Esquel a cargo del Dr. Guido Otranto, secretaria a cargo de la Dra. María Salvaré. Se les notifica que de persistir la actitud (el locutor tose....) y se lo intima a que depongan su actitud y levanten los obstáculos que se encuentren en el lugar”.² A lo lejos se observan jóvenes yendo y viniendo en la ruta. A seguir las secuencias de imágenes muestra hombres y mujeres de la Gendarmería argentina caminando sobre esa misma ruta. Una camioneta los sigue, mientras filma la situación a sus espaldas. Quien la conduce alienta a sus compañeros: “vamos señores avancen” “no corran” “caminen, no corran, no tengan miedo”. Minutos más tarde, se ve a gendarmes recogiendo piedras del costado del camino y a los gritos- como cuando se arrean animales- comienzan a correr, comienzan los disparos al grito de “fuego al negro, escopeta, escopeta...”. “Estoy impartiendo fuego, necesito apoyo” “Tienen piedras...” “necesito apoyo” “Escopeta...escopeta...” “ahora entraron a la casilla vamos a tener que ir...” “Ramírez, Ramírez, tírale con la escopeta...” Se escuchan corridas y voces que gritan. Comienza así la secuencia de represión en territorio mapuche.³

II

La segunda escena está inscripta en las *palabras*. Con el correr de las horas comenzamos a escuchar y aprender palabras “invisibles”- reproducidas una y otra vez en los medios de comunicación y las redes sociales- para los habitantes de las grandes urbes: *Pu lof* en resistencia, *weichafe* (guerreros), tierra sagrada o denominaciones territoriales como *Cuchamen*. Y junto a estas palabras se enuncia, con fuerza, la desaparición de un joven. “El brujo”. El Tatuador. El Hippie. El Mochilero. Santiago. Testimonios, videos, fotos, especulaciones de todo tipo. Santiago adquiere un rostro. Su foto le da cuerpo a su persona. Santiago y su mirada. Santiago y su historia. Santiago Maldonado, desaparecido.

² Imágenes reproducidas en un video difundido en el Twitter del periodista de Esquel, Juan Alonso.

³ Imágenes de video difundido en el canal de televisión CNS.

III

La tercera escena muestra las fotografías donde se plasma su cuerpo muerto. Tres imágenes que comienzan a circular por las redes y algunos diarios del interior. Tres fotografías sacadas desde el celular de un médico presente en el recinto donde yace el cuerpo de Santiago. Son impunemente difundidas. Tres fotografías de Santiago, su cadáver, su ropa, sus botas. Sobre una camilla, dentro de un saco plástico. Con sus manos abiertas, tan abiertas como sus ojos. Santiago y su cuerpo muerto.

Estas escenas recorren algunos de los momentos que desde el 1 de agosto al 18 de octubre de 2017 ocuparon las primeras planas de los diarios, generaron marchas, abrieron causas judiciales, colocaron sobre la escena pública modos de represión que, luego de años de lucha contra el terrorismo de Estado, parecían abolidas en las maneras de resolver los conflictos políticos en el contexto argentino. Escenas que trajeron al espacio público sensaciones y experiencias vividas como lejanas: la desaparición como consecuencia directa de una represión en manos del Estado. Los medios de comunicación, con sus puntos de vista e ideologías contrastantes oscilaron entre la búsqueda de la verdad y la imposición de relatos basados en la mentira y la construcción de historias inverosímiles. En este texto me interesa analizar la relación entre desaparición-muerte-democracia a partir de un caso particular como fue la represión, desaparición y muerte de Santiago Maldonado, quien participaba del corte de la ruta 40 en *Cushamen*, en reclamo por la lucha de la tierra ancestral y la liberación del referente mapuche Jones Huala.⁴ Este caso permite observar de manera intensa y densa (en cuanto al tiempo y los procesos resolutivos), el uso de la fotografía sobre el cuerpo del “otro” y su tratamiento en relación a los procesos de violencia en las redes sociales y medios de comunicación. Un cuerpo ausente y un cuerpo muerto sobre el que se imprimen determinados mensajes y destinos, así como se ocultan o invisibilizan luchas y memorias largas.⁵

4 Facundo Jones Huala, fue detenido en Esquel el 27 de junio de 2017. Nació en Bariloche en 1986. Chile reclama su extradición para juzgarlo por terrorismo (tenencia de arma de fuego, incendio a propiedades y violación de la Ley de Extranjería).

5 En relación a la noción de memorias largas pueden consultarse los textos de Cusicanqui (2010), Cerda García (2014) y da Silva Catela (2017)

LAS VIOLENCIAS DEL PROCESO “CIVILIZADOR”

*Estamos como nación empeñados en una contienda de razas en que el indígena lleva sobre sí el tremendo **anatema de su desaparición**, escrito en nombre de la civilización. **Destruyamos**, pues, moralmente esa raza, **aniquilemos** sus resortes y organización política, desaparezca su orden de tribus y si es necesario divídase la familia. Esta raza quebrada y dispersa, acabará por abrazar la causa de la civilización. Las colonias centrales, la Marina, las provincias del norte y del litoral sirven de teatro para realizar este propósito". Julio Argentino Roca⁶*

Desde los albores de la constitución de la República Argentina, la eliminación del “otro” fue una acción regular y periódicamente sustentada por el Estado a modo de imponer “la paz”. Atacar a un adversario interno hasta provocar su exterminio o aniquilamiento fue una práctica posible, legitimada por los más diversos argumentos y formas de imposición simbólica. Así, ha decantado un esquema político de una matriz de pensamiento y acción que ha acompañado la historia de la formación y consolidación del Estado y la cultura nacional. Se sabe que los modos de construcción y producción de la alteridad de aquellos sectores indeseados para el proyecto de la nación arribaron a una formulación diáfana en la oposición *sarmientina* “civilización o barbarie”, dicotomía irreconciliable y asociada a otros pares de oposiciones binarias como buena sociedad/mala sociedad, cultura/naturaleza. La impronta de estos esquemas en un inconsciente nacional colectivo, se expresa en los modos de hacer política, aún la practicada por aquellos grupos que explicitan algún grado de repudio, crítica y reflexividad sobre esa matriz. La razón del “uso de la violencia para imponer la paz” (Elias, 2012) tuvo, a lo largo de estos siglos, un factor en común: la negación de la humanidad de un “otro” que, tratado como enemigo político fueron (y son) portadores de impureza moral.⁷ Estos

⁶ Diario La Prensa, 1878, citado en “Nuestros paisanos los indios” de Carlos Martínez Sarasola, de la Editorial Emecé. Las negritas son mías.

⁷ Con motivo de la conmemoración de la Campaña al Desierto, el dictador Jorge Rafael Videla afirmaba en Neuquén, “a la gesta que interpretando el anhelo de todo el pueblo abrió nuevos rumbos a la patria promoviendo el avance de la civilización y el progreso sobre latitudes estremecidas por el malón” (El Litoral, lunes 11 de junio de 1979: 1) Consultado el 13/03/18 en <http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/32807/?page=1>

“impuros” pueden y, en un extremo, deben ser exterminados. Sus cuerpos masacrados y desaparecidos como superficie simbólica de la negación. Frente a la pregunta de cómo la desaparición de personas fue y es posible no debemos, no podemos aislar esta experiencia extrema de otras análogas sucedidas en el territorio argentino. Comprender la memoria sobre los cuerpos desaparecidos es poner en evidencia la génesis de la violencia. Los cuerpos como objeto de inscripción de la violencia, pero sobre todo de huella y marca de aquellos que deben ser excluidos del espacio simbólico y real de la nación, ha sido, todos sabemos, una constante más que una excepción.⁸

El cuerpo, los cuerpos se constituyen así en un mapa donde se inscribirá el mensaje de la violencia, justamente por ser ellos el espacio donde confluye la energía colectiva, comunitaria y familiar. A través del cuerpo hombres y mujeres son incluidos en el grupo y la comunidad, así como también pasa a ser el lugar y demarca las fronteras donde comienza y termina nuestra individualidad. Ese locus dirá Le Breton, “funciona como un límite que delimita, frente a los demás, la soberanía de la persona” (2002: 32).

En ese territorio de inscripción de la desaparición/aparición/muerte de Santiago Maldonado se activaron *memorias largas*, las de las comunidades de los pueblos originarios y las mapuches específicamente, violencias “tatuadas” e inscriptas en sus cuerpos por años y años de represión, racismo, invisibilidad y exclusión. Y las *memorias cortas* que remiten al proceso del terrorismo de Estado y las representaciones y experiencias frente a la desaparición de personas, a los “desaparecidos”.⁹ Estos dos momentos y formas de memoria confluyeron en el cuerpo y con el cuerpo de Santiago.

8 La violencia física, por parte del Estado, está precedida y acompañada desde la instauración de un discurso y ejercicio de poder simbólico, violencia simbólica y dulce al decir de Bourdieu. En septiembre de 2016, el Ministro de Educación de la Nación en un discurso en una de las sedes de la Universidad Nacional de Río Negro, apelo a la metáfora del desierto y la civilización afirmando: “Esta es la nueva Campaña del Desierto, pero sin espadas con educación (...) Sin profesionales que multipliquen lo que hacemos, no sirve de nada porque no estaríamos poblando este desierto” (Página 12, viernes 16 de septiembre de 2016) Consultado el 10/01/2018. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-309499-2016-09-16.html>

9 He desarrollado la noción de memorias cortas y memorias largas en base a mi trabajo de campo en el NOA argentino en relación a la represión sufrida en 1976 en el pueblo de Tumbaya. Allí las memorias de los desaparecidos y presos durante el terrorismo de Estado se conjugan y articulan con las memorias largas, aquellas que remiten a la violencia sufrida por las comunidades originarias a lo largo de los siglos. Da Silva Catela (2018).

Un cuerpo que pasó a cargar con la lucha y los muertos por la tierra de las comunidades indígenas y que volvió a visibilizar el drama nacional de los desaparecidos.

Su rostro- como los rostros que le dieron identidad a los desaparecidos durante el terrorismo de Estado- pasó a circular en las redes, medios de comunicación y manifestaciones. Se superpuso sobre el cuerpo de su madre, sobre el pecho de su hermano y fue sostenida sobre las manos de las Madres de Plaza de Mayo, uniendo así un pasado que no pasa con un presente que nos lleva al pasado.

Sabemos que las imágenes no son datos, meras evidencias indiciarias sino construcciones imaginarias. No se limitan a ofrecernos evidencias objetivas. Son símbolos contruidos políticamente. Es su valor metafórico el que permite instituir su campo de significación. De esta manera, cada una de esas fotografías unía simbólicamente prácticas de memoria y volvían a traer a la escena la pregunta que enmarca la construcción de esta nación desde la campaña al desierto, pasando por las dictaduras y en cada muerte de este presente político: ¿Cómo fue posible? ¿Cómo es posible nuevamente?

La fotografía de Santiago, reproducida una y otra vez, portada, dibujada, levantada como una bandera de denuncia, interpeló e interpela a la Nación como metáfora de siglos de exclusión y violencia. Puso en evidencia una vez más, el ejercicio de la violencia por parte del Estado, allí donde debería producir nuevos sentidos y prácticas políticas, ejecutar las líneas de su Constitución y proteger a los hombres y mujeres de esta nación como ciudadanos y no transformarlos en víctimas de su accionar.



Hermano de Santiago Maldonado. Fotografía publicada en el diario Clarín.

15/11/2017

MIRAR

Lo que sabemos o lo que creemos afecta al modo en que vemos las cosas. En la Edad Media, cuando los hombres creían en la existencia física del infierno, la vista del fuego significaba seguramente algo muy distinto de lo que significa hoy. No obstante, su idea del infierno debía mucho a la visión del fuego que consume y las cenizas que permanecen, así como a su experiencia de las dolorosas quemaduras. (Berger, 1972:5)

Su rostro, pero sobre todo su mirada, sus ojos, se hicieron presente en las páginas de facebook, en las remeras, en las agendas, en las paredes, en las pancartas, en las marchas. Aparecieron en el mismo acto en que Santiago desapareció. Esos ojos estuvieron ahí en la calle para construir su propia denuncia, su existencia, su vida y su muerte. Pasaron a interpelar a cada hombre y mujer que circulaba por las ciudades. Hubo gestos pequeños de reproducción en fotocopia de su rostro o rituales colectivos que gestaron una cultura visual impactante como la realizada en la marcha de

conmemoración a un mes de su desaparición. Hubo trazos de construcción de huellas de otras desapariciones que “soportaban” esta y viceversa.



Imagen 1. Afiche Foto Santiago Maldonado sostenida por la silueta de López. Pared sobre la calle Vélez Sarsfield - Córdoba. Septiembre de 2017.

Imagen 2. Fotografías de los desaparecidos y Santiago Maldonado. Archivo Provincial de la Memoria. Pasaje Santa Catalina. Córdoba.



Ese rostro, reproducido una y otra vez fotográficamente, fija en sus ojos el *locus* de la violencia. Ya no es una foto carnet 4 x 4 en blanco y negro como la de los desaparecidos durante la última dictadura militar, pero gana fuerza al cruzar el pasado (terrorismo de Estado) con el presente (la lucha mapuche), ampliando la noción de víctimas “en un vector “multi-significante” (lo desvalido, lo indefenso, lo maltratado, lo ignorado, lo despreciado) que acusa las nuevas aberraciones de la ley de seguridad pública” (Richard, 2017: 145). Sus ojos también permiten observar, de manera simbólica, muchas otras miradas que ya no están, la de cientos de jóvenes asesinados y desaparecidos en democracia. Jóvenes que han observado sus realidades desde las prácticas de compromiso, sobre su propia realidad o la de “otros”, sensibles a los reclamos y al compromiso político.

Las miradas (su mirada, la de López, la de los desaparecidos, la de Facundo Rivera Alegre¹⁰) que permite la traducción del mundo, vuelven a ser rescatada desde otro lugar, representan lo que ya no está y que se desea preservar: el símbolo de la experiencia visual que construyó Santiago sobre esos mundos que vio y vivió.

Ver y ser vistos. La mirada, forma parte de ese universo donde el ojo del otro “se combina con nuestro ojo para dar plena credibilidad al hecho de que formamos parte del mundo visible”. (Berger, 1972: 5). Su desaparición, paradójicamente, visibilizó otros mundos mirados, vividos y registrados en sus viajes. Una mirada que se transformó en una experiencia política, un registro visual que al fijar en la imagen su perdurabilidad, permite comprender su modo de ver el mundo y mantiene esa intensidad a través de cada pancarta y cada fotografía reproducida una y otra vez en reclamo de su/las aparición con vida.

Ojos, que son una parte de un cuerpo lleno de inscripciones y símbolos. Un cuerpo del que se dudó hasta su existencia o se multiplicó en diversos lugares, un cuerpo que podía ser intercambiable, por otras rastas, por otro joven parecido, por un hippie de cualquier lugar del país, hasta de un pueblo repleto de Santiagos. Ese cuerpo negado y

¹⁰ Jorge Julio López desapareció el 18 de septiembre de 2006 en provincia de Buenos Aires luego de testificar en el juicio contra el represor Miguel Etchecholat. Facundo Rivera Alegre, desaparición en Córdoba el 18 de febrero de 2012, víctima de la violencia policial.

aparecido de manera fantasmagórica en diversas fotografías, relatos, informaciones periodísticas armadas y construidas en nombre de “la verdad”, sirvió como elemento central de la construcción política, tanto entre aquellos que negaron su desaparición, como de la desaparición misma.

Antes del hallazgo del cuerpo de Santiago, una fotografía fue revelada por Página/12 y replicada en diversos medios de comunicación, como un sello de verdad sobre su presencia en el *Pu Lof* en resistencia. La nota firmada por Horacio Verbitsky título: “la última foto de Santiago” (Página/12, 18 de octubre de 2017). La misma fue sacada por la gendarmería en medio de la represión. Esta fotografía, la última antes de su desaparición, se constituyó como la existencia de Santiago, de su cuerpo visto a lo lejos, borroso, con una campera azul, corriendo. Esa fotografía, adquirió un lugar de verdad, imprimió con fidelidad una parcela de realidad que se situaba en el campo visual del objetivo. De la máquina fotográfica pero también del objetivo de la represión. Los jóvenes y sus cuerpos dentro de la tierra sagrada mapuche. No sabemos qué motivó al fotógrafo a disparar esa imagen, pero esos cuerpos en movimiento existieron, se plasmaron en el papel fotográfico y permitieron darle otra densidad a las múltiples representaciones sobre Santiago construidas y reconstruidas. Esa imagen congelada en el tiempo, dio cuenta de su existencia, de los límites de su cuerpo y como afirma Susan Sontag: “pasó a ser prueba incontrovertible de que sucedió algo determinado”. Pero por otro lado, entre el hecho y la foto sin duda se articulan todo tipo de manipulaciones e interpretaciones. Tanto las imágenes de todos los Santiagos aparecidos a lo largo y ancho del país como esta última foto de Santiago, “no puede ser el registro puro y simple de una inmanencia del objeto: como producto humano, ella crea, también con esos datos luminosos, una realidad que no existe fuera de ella, ni antes de ella, sino precisamente en *ella*” (Machado, 1984: 40). La realidad ya no significó la reproducción constante del rostro de Santiago con sus ojos observando, sino un cuerpo en movimiento que debía ser acercado cada vez más, ampliado, observado de manera obsesiva. Cómo si observando los detalles cada vez más borrosos y cada vez más ampliados pudiésemos reproducir la realidad de ese momento tal como se dio en el pasado. Y sabemos que ella solo puede recomponer un fragmento

de lo real, seleccionado y organizado estéticamente e ideológicamente (Kossoy, 2014: 114). Ese cuerpo enfocado, desdibujado por el acercamiento de la imagen es también una metáfora de su desaparición, vemos una mancha, vemos a Santiago, pero también vemos un fragmento de una realidad vivida por las comunidades mapuches, su borradura, su invisibilización, el constante velado de sus vidas, experiencias y realidades. Justo allí, donde está Santiago otro joven aparece registrado por la cámara pero no es visibilizado por el relato de la historia. Se torna invisible, inclusive en las narraciones que pretenden dar cuenta de sus demandas, luchas y reclamos. Un joven mapuche, del cual no sabemos su nombre, que lucha por ser reconocido como tal en las naturalizadas ficciones de esta nación. Una vez más se acciona, hasta en los discursos más políticamente correctos, la ideología del “proceso civilizador”.



Foto registrada por Gendarmería Argentina el 1 de Agosto de 2017. Enfoque original.

Reproducidas en los diarios de todo el país.



Foto registrada por Gendarmería Argentina el 1 de agosto de 2017. Primer zoom.

Reproducidas en los diarios de todo el país.



Zoom de la imagen de Santiago Maldonado. Fotos registradas por Gendarmería Argentina el 1 de agosto de 2017. Reproducidas en los diarios de todo el país.

Esta última foto de Santiago, aún con vida, con su cuerpo en movimiento trae a la mirada un saber de la existencia de esa persona. Al observar esta imagen sin dudas, las lecturas de Didi-Huberman aparecen con fuerza para comprender la cuestión del *ver* y del *saber*, la cuestión de la *imagen* y esos instantes de *verdad*. Cuando a partir del análisis de las cuatro fotografías de Auschwitz nos alerta sobre la relación incompleta y frágil de la imagen. Las tres imágenes de arriba, la toma original distante, y las dos aproximaciones revelan “la desmedida voluntad de proporcionale un rostro a lo que no es más, en la misma imagen que movimiento, desconcierto y circunstancia” (Didi-Huberman, 2004:61). En este sentido esta última fotografía de Santiago trae al relato sobre su desaparición y su muerte una imagen de su existencia, pero sobre todas las cosas nos colocan en la necesidad de una postura moral en relación a esa vida. Como dice Berger, la imagen “se convierte en una prueba de la condición humana. No acusa a nadie y nos acusa a todos” (Berger, 2008:58)

RITUALES ANTE LA MUERTE

Frente a la desaparición de personas lo que está en juego es la búsqueda de los cuerpos, la materialidad de las personas que frente al ejercicio de la violencia se desdibuja sin explicación o con explicaciones muy diversas. La desaparición implica la triple

condición de ausencia: sin cuerpo, sin tumba, sin muerte (Da Silva Catela, 2001). Allí donde se inscribe la política es en la búsqueda de un cuerpo que no está, una tumba que no pudo ser demarcada y visitada, una muerte inconclusa que no puede ser llorada, transitada, domesticada. El pasaje del estatuto de desaparecido a muerto pasa por la re inscripción del cadáver en la comunidad.

En este ciclo de inscripción del cuerpo de Santiago Maldonado se hicieron públicas las fotos de su cadáver. Fotos que revelan su existencia, dando valor a la palabra de quienes como testigos afirmaron verlo en el corte de la ruta. Su campera celeste, motivo de disputa sobre su existencia, que había ganado cuerpo y evidencia en la “última foto”. Allí está su cuerpo, sin vida, plasmado en las imágenes que registró un médico de la Policía Federal Argentina.¹¹ Viralizadas con la inmediatez y la impunidad que dan las redes sociales y los mecanismos del mercado digital de la información.



Captura de página Diario el Intruso. Uno de los tantos medios que viralizó las imágenes del cuerpo de Santiago Maldonado, horas posteriores a ser encontrado en el río Chubut.

¹¹ Es interesante notar que las fotografías que dan cuenta de la existencia de Santiago Maldonado en el lugar de su desaparición y las imágenes de su cuerpo muerto pertenecen a las fuerzas de seguridad (Gendarmería y Policía Federal). Fotografías realizadas en contexto de represión, en el caso de la “última foto” y de un trabajo de perito, las realizadas por el médico de la Policía Federal, sobre el cuerpo muerto. Esto muestra de qué manera la imagen tiene un objetivo en su origen muy diverso a las derivaciones que las mismas pueden generar posteriormente. En su origen son, podríamos decir, fotos “técnicas” y en su derivación “fotos de denuncia”. Entre una práctica y otra se genera el carácter político que las mismas van adquiriendo con la fuerza y la evidencia de las verdades que revelan.

Estas imágenes, que no son reproducidas en este texto, provocan un rechazo justamente allí donde se tornan una herramienta de verdad, una máquina pedagógica contra la violencia. Nos enseñan la muerte descarnada, frontalmente visible, sin censura ni mediaciones. Fotografías que enfrentan la mirada a la intemperie, al minuto previo ante la muerte. Y nos colocan en un espacio de doble violencia, por un lado la que enfrentó ese cuerpo, al morir y por otro, al ser expuesto por la impunidad de la circulación de la imagen. ¿Qué vemos a través de ellas? Al mirarlas nos aterran y nos permiten acercarnos un poco al sufrimiento de ese “otro”. Siempre será un sufrimiento que observamos a la distancia, al decir de Boltanski (1993). Distancia que puede provocar acción, denuncia o simplemente contemplación. Como bien afirma Berger: “la cámara que aísla un momento de agonía no lo hace con más violencia que la que entraña la experiencia de ese momento aislada en sí misma. La palabra disparador, aplicada a un rifle o a una cámara, refleja una correspondencia que no se detiene en lo puramente mecánico. La imagen tomada por la cámara es doblemente violenta y ambas violencias refuerzan el mismo contraste entre el momento fotografiado y todos los demás” (2008: 56-57)

Ese cadáver, que aparece flotando en el río Chubut. Un cadáver sobre el cual su hermano realizó una penosa vigilia, es “el resto orgánico que *resiste*, permanece, y se obstina, en modos diversos de la presencia (...) contra toda noción de desaparición, eliminación, borradura, aquí el resto corporal nunca desaparece del todo” (Giorgi, 2014:203). No tenemos imágenes de su hermano durante esa vigilia y cuidado de ese cuerpo. Un ritual frente a una situación límite donde los lazos primordiales cuidan y construyen afectos al borde de un río, en la soledad más profunda, transitando un dolor que no podemos ver pero que podemos representarnos al compartirlo desde la condición humana. Allí la ausencia de imágenes ayuda a preparar un silencio necesario frente a la muerte.

Santiago y su cadáver por momentos pasa a ser una cosa, tocada, transportada, fotografiada, inhumanizada al límite de difundir sus fotos impactantes y paradójicamente, materialmente importantes al mismo tiempo. Un cadáver que es mostrado como un

trofeo por unos y defendido por otros desde el afecto y los lazos primordiales de la familia y su derecho a la intimidad. Podemos decir, a partir de Judith Butler (2006) que ese cadáver pasa a ser un *espacio de inscripción*, de marcos de inteligibilidad que demarca a las personas de las no-personas, las vidas a proteger, llorar y recordar, de aquellas a abandonar y volver olvidables. Cadáver que necesitará del ritual, del acto de la sepultura para pasar de lo biológico al cuerpo cultural, de la muerte insignificante a la muerte cargada de significados. Para que ese cadáver, Santiago, no se transforme en una cosa, en la frontera de su animalización (las fotos que todos pudimos ver) otros rituales comienzan a transformar a ese cuerpo en espacio de memoria y de pertenencia a la comunidad, a volver a enredarlo en los hilos de los lazos de lo social.



Altar a Santiago Maldonado. Morgue Judicial. Buenos Aires. Fotografía: autor desconocido

Mientras adentro de la morgue yace su cuerpo biológico, afuera altares lo reconstituyen a su cuerpo social, vuelven a colocar su rostro entre objetos, flores, velas, rezos, gestos de una sepultura que todavía no es posible pero que ya comienza a construir esa transición entre el cadáver pura carne muerta y el cuerpo de Santiago como el locus

de la memoria, de este muerto y de todos nuestros muertos.¹² El Estado afirma que la muerte fue provocada por “asfixia por inmersión ayudada por hipotermia”, palabras frías para una muerte violenta, la sepultura lo devuelve a su comunidad y el ritual del duelo permite volver a inscribir su cuerpo en el de la familia.

Entonces, ¿memorias para qué? Para seguir provocando reacciones, para no paralizarnos frente a los cuerpos torturados, un cadáver que vuelve a su condición humana, en el ritual de la muerte. Un cuerpo/cuerpos que adquieren su condición política, en cada una de las muertes de otros jóvenes en manos de las fuerzas represivas, que desestabilizan una y otra vez la idea de una nación inclusiva y abierta como reza la constitución argentina.

Prácticas que muestran la asimetría de clase y pertenencia étnica de cada uno de esos *otros* jóvenes que ponen sus cuerpos y aquellos que los disponen para sacrificarlos en y por la máquina de la “civilización”. El cuerpo de Santiago Maldonado y la vida/la muerte, invisibilizada muy rápidamente de Rafael Nahuel.¹³ Un Estado que asesina en nombre de la civilización. Una sociedad que muestra esos rostros para reclamar por sus vidas y su memoria. Allí dónde el Estado depredó, arrasó y destruyó, la fotografía de los rostros de estos jóvenes y su poder simbólico, aparecen para subrayar el rechazo a la violencia, oponerse a ella y generar pequeños y profundos rituales de verdad y justicia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERGER, John. (2008). *Mirar*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.

BOLTANSKI, Luc. (1993). *La souffrance a distance*. Paris: Folio.

BUTLER, Judith. (2006). *El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

CERDA García, (2014). Memorias largas y cortas: tensiones para su articulación con el mundo indígena. *Clepsidra. Revista interdisciplinaria de estudios sobre memoria*. Nº1. Pag. 82-99.

¹² Es interesante señalar que en el Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, junto a las fotografías de los desaparecidos que son expuestas todos los jueves se construyó un altar en homenaje a Santiago Maldonado. De manera espontánea las personas que pasaban por el lugar se detenían en silencio por unos minutos, otros llevaban flores, estampitas y velas.

¹³ Rafael Nahuel tenía 22 años. Fue asesinado por la espalda en un operativo represivo de Prefectura Naval en la localidad de Villa Mascardi (Bariloche). Rafael participaba de los reclamos mapuches por las tierras ancestrales. Fue asesinado el 23 de noviembre de 2017, a solo tres meses de la muerte de Santiago Maldonado.

- Da SILVA Catela, Ludmila. (2001). *No habrá flores en la tumba del pasado*. La Plata: Al margen Editorial.
- Da SILVA Catela (2017). De memorias largas y cortas: poder local y violencia en el noroeste argentino. *Intersecoes. Revista Estudos interdisciplinarios*. Año 19, Nº 2. Diciembre de 2017.
- DIDI-HUBERMAN, Georges. (2003). *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*. Buenos Aires. Paidós.
- ELIAS, Norbert. (2009). *Los alemanes*. Buenos Aires: Trilce Editorial.
- GIORGI, Gabriel. (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- KOSSOY, Boris. (2014). *Lo efímero y lo perpetuo en la imágenes fotográfica*. Madrid. Ediciones Cátedra.
- LE BRETON, David. 1992. *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión.
- RICHARD, Nelly. 2017. *Latencias y sobresaltos de la memoria inconclusa* (Chile: 1990-2015).
- RIVERA Cusicanqui, Silvia. 2010. *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado Aymara y Quechwa. 1900-1980*. La Paz: La mirada salvaje.